

Luis Rodríguez Castillo

Universidad Nacional Autónoma de México, CIMSUR

lurodri@unam.mx

Reseña. Carlos Mauricio Hernández. La civilización fracasada. Crítica política desde Ignacio Ellacuría al capitalismo. San Cristóbal de Las Casas: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas

Review. Carlos Mauricio Hernández. La civilización fracasada. Crítica política desde Ignacio Ellacuría al capitalismo. San Cristóbal de Las Casas: Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Investigaciones Multidisciplinarias sobre Chiapas

Introducción¹

Iniciaré esta reseña emulando el ejercicio de honradez intelectual del historiador inglés Edward Palmer Thompson cuando afirmó, en 1976, “debo presentarme ante ustedes con la franca confesión que soy un impostor”, pues estaba ante el público de la India para hacer una presentación sobre tradiciones de aquel lugar, y remataba “no puedo comparecer ante ustedes como alguien competente en la disciplina de la antropología, ni como un estudioso convencional del folklore” (p.55). Así elucido ante ustedes que no puedo discurrir aquí como especialista en los temas de teología latinoamericana, ni tampoco como experto en la teología política ellacuriana, mucho menos de su fuente de inspiración, la filosofía zubiriana.

No obstante, la consideración retomada por Hernández del capitalismo como un *fracaso*

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue preparada para la presentación del libro para la Universidad de El Salvador, San Salvador, C. A., 11 de mayo de 2023.

civilizatorio me llevó a la reflexión antropológica del siglo XX de Marshall Sahlins (2011), un referente de la corriente sustantivista de la antropología económica, expuesta en su obra *La ilusión occidental de la naturaleza*, y a *Nunca fuimos modernos* del principal exponente de la teoría del actor red, Bruno Latour (2007). Por otra parte, guiado por la curiosidad, repasé los textos de Ellacuría listados por Hernández y encontré *Teología política* (1973), que me dirigió a un denostado politólogo de renombre mundial: Carl Schmitt (2009), quien cuenta con un texto del mismo nombre y –curiosamente– no encontré en las referencias del libro en comento. Un breve recuento de comparación es a lo que regresaré al final de esta reseña.

Cabe destacar que el lector no encontrará una historia simplona de El Salvador, ni la consabida tipología de la oligarquía cafetalera agroexportadora, tampoco las desgarradoras memorias del conflicto político-militar, ni una apología a la figura y pensamiento de Ignacio Ellacuría. Juzgo que aborda las reflexiones y el método de historizar el desarrollo del capitalismo en una realidad material y realmente existente (nótese el tinte ontologizante). Veamos, entonces, cómo construye su revisión de la filosofía y pensamiento crítico, que motivan las reflexiones del autor de *La civilización fracasada*.

Contenido del libro

En 214 páginas divididas en cuatro capítulos más introducción y epílogo, Carlos Mauricio Hernández presenta tres procesos entrelazados, tanto en el largo aliento como en la coyuntura del conflicto político militar en El Salvador: a) La formación del régimen político económico, b) El devenir de la Democracia en el concierto del pretorianismo salvadoreño, c) El pensamiento político de Ignacio Ellacuría.

En el *Capítulo 1. El Salvador en guerra: la explosión de la violencia política*, el autor sigue el que quizás sea una de las más importantes aportaciones de Ellacuría: la historización. Hace una reconstrucción analítica del ejercicio del poder político definido –retomando a Serra Rojas– como “pretonarismo”, es decir, un Estado marcado por el autoritarismo y “para calificar al político, sea militar o civil, que ejerce el poder por la fuerza, el fraude, o por otros medios ilícitos” (2022, p.16). Tal forma de ejercicio del poder ha conformado una “cultura política” que ya no hace extraño, que ha naturalizado, el control político a través de la violencia y los medios no legales, paralegales y/o aparentemente democráticos.

En ese historizar, Hernández detalla la entronización de una economía cafetalera en el siglo XIX que dio origen a la narrativa de las catorce familias que conformaban la oligarquía salvadoreña, misma que tuvo que ceder el poder al mando militar en el siglo XX a la figura del general Maximiliano Hernández² y sus sucesores en una triple situación: la crisis cafetalera, la política norteamericana del “buen vecino” y el temor a la amenaza comunista. En un comentario al trabajo de Monterrosa *A la sombra del Martinato* (Rodríguez, 2020) destacaba que, al parecer, nuestras sociedades requirieron en ese periodo del “hombre fuerte” y la vida política discurrió en

² Invito a los lectores a la revisión del libro de Monterrosa (2019) publicado por CIMSUR-UNAM y la UCA sobre el régimen de esta figura. La pregunta central de Monterrosa es cómo logra la legitimación un régimen autoritario en su praxis política. Hernández, por su parte, se orienta hacia una figura que plantea ideas críticas sobre esa realidad y propuestas de praxis política para un cambio y futuro distinto. Pienso en ambos libros como formas complementarias de pensar un cambio *epocal* para nuestra región.

torno a esa figura; con la novedad que Hernández observa sobre la violencia pretoriana, la cual provocó una reacción de violencia revolucionaria; mismas que pudieron evitarse.

Hernández en este capítulo nos ofrece el contrapunteo de los procesos políticos en El Salvador y Centroamérica a fin de seguir –reflexiono al tiempo que escribo– la senda ellacuriana, para discernir que nos asimila desde las subjetividades y materialidades específicas en un proceso mayor desde la “esencia de la mismidad” que plantea Zubiri. En ese sentido, esboza los procesos centrales de cómo se fraguaron las ideas sobre la democracia en la región y las formas como se entrelazaron con el régimen pretoriano, teniendo de resultado una cultura política militarista.

En esa tónica, salto al contenido del *capítulo 3. El actor político*, porque se hace una presentación mínima del personaje que motiva el libro, la historia regional y mundial que configuran la mismidad de Ellacuría, es decir, la relación sujeto-realidad vividas. No es una historia personal, aunque dé cuenta de su formación y los profesores que configuraron parte de su pensamiento. Es la Historia de un crítico de su tiempo. Justo es la marca que caracterizan las reflexiones de Ignacio Ellacuría –nos dice el autor del libro– quien, como actor político, fue “genio y figura” de una realidad controvertida: el conflicto político-militar que, en el apogeo de la llamada “Teología de la liberación”, incluso se preguntó si era posible una relación entre el marxismo y la teología.

También se aborda la formación de la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, como parte de las tareas que da visibilidad a un pensamiento, y se promueve una ideologización liberacionista como vía para desmontar la urdimbre que naturaliza violencia pretoriana en un sistema formalmente democrático, donde la normalidad de elecciones periódicas solo es parte del mantenimiento del poder. En Ellacuría, la definición de ideología e ideologización, si bien tiene una orientación marxista, no destaca los aspectos negativos, sino que es una toma de posición y conciencia (una escatología profana) y, por ende, cualquier opción política concreta siempre será relativa y lo absoluto será el Reino de Dios. No se trata de las instituciones formales de la Democracia, ni de la Universidad como unidad para generar méritos, en tanto dispositivo de seguir abriendo brechas en una sociedad altamente desigual, pero muy sensible a las desigualdades y a la meritocracia. Es una que, desde la dirección de Ellacuría, emerge con cambios de la Compañía de Jesús y su apertura a la opción preferencial por los pobres, reflexiona sobre la “fetichización” del capitalismo y del socialismo, y promueve un pensamiento humanista.

Regreso al *Capítulo 2. La democracia y el Estado en Centroamérica* para destacar la densidad teórica y esperada en la reflexión contemporánea (ideologización necesaria en el pensamiento crítico ellacuriano) y no lograda en nuestra región. La paradoja central que muestra Hernández esboza que la democracia liberal es acólito del régimen pretoriano que se aleja de la conceptualización de democracia liberal del politólogo Roberth Dahl (1992) y muchos otros. Democracia y Estado tienen una base teológica, y podrían secularizarse en términos de Schmitt (2009), o transfigurarse en un régimen a favor de las mayorías teleológicamente, o en su fin último, a una cultura de la pobreza y con un respaldo teológico de moderación cristiana para Ellacuría, que muestra no solo un horizonte crítico, sino también utópico.

Nos revela en este capítulo un contexto político donde Estado, gobierno y Democracia, que teóricamente deberían estar al servicio de un pueblo o ciudadanía, se vieron opacados por lo que llama una “cultura política militarista”, y al respecto aquí no puedo menos que dejar constancia de un par de oraciones que dan cuenta de la importancia de este capítulo. Una desde los procesos generales: la democracia desde el tiempo de Pericles no siempre bien vista (2022, p.93), la otra desde el proceso particular de formación del Estado salvadoreño, cuyas

instituciones deben perseguir el bienestar: no ocurrió durante el régimen pretoriano ni durante la explosión de la guerra civil, puesto que desde el aparato estatal se violaron sistemáticamente derechos humanos (2022, p.94).

El *Capítulo 4. Teórico político* tiene como eje la teoría política desarrollada por Ellacuría: la *civilización de la pobreza*. Es una reflexión crítica al capitalismo, porque “a pesar de los avances técnicos, científicos, económicos, jurídicos, políticos, culturales, artísticos o sociales, estos no se traducen en desarrollo personal [...] con miras a alcanzar la plenitud humana” (2022, p.156). Se trata de una normalización de valores que llevan a la búsqueda del enriquecimiento rápido sin importar que esto genere desigualdad.

La *Civilización de la Pobreza* como alternativa no es una forma de suavizar al capitalismo realmente existente, sino un cambio radical de valores para la satisfacción de las necesidades básicas y la búsqueda por alcanzar la dignidad humana. Una vez aclarada esta distinción, que en la batalla ideológica se equipara al comunismo con un Estado que repartía por igual satisfactores y homogeneizaba maneras de pensar, Carlos Mauricio Hernández hace el recuento del pensamiento ellacuriano sobre la Teología de la liberación, el valor de la filosofía y los aportes de una relectura de la realidad desde el evangelio, no solo como medios para alcanzar la verdad, sino como “medicina del alma”.

En suma, el abordaje propuesto coloca la mirada del autor y sus lectores en los principios normativos de la vida en sociedad y su necesaria transformación. La cultura de la pobreza como horizonte utópico sin el cual no es posible comprender el andamiaje intelectual del jesuita y teniendo el principio de humanización como eje de la civilización. No basta, pues, la realización personal, sino que es necesaria la realización del bien común.

El libro en comento cierra con un *Epílogo*, en el cual Carlos Mauricio Hernández presenta sus consideraciones en torno a la relación Estado y democracia liberal, que hace necesaria, afirma, “Una crítica a los procesos electorales” (2022, p.193) presentes, que no se han traducido en bienestar para las mayorías. En ese sentido, su lectura de Ellacuría es la de un teórico político que estaría a favor de una **democracia social** antes que de una democracia formal electoral. Con este instrumental, señala el autor que no basta con el hecho de que la izquierda ocupe espacios en el gobierno y menos cuando se traiciona el horizonte utópico de trabajar a favor de las mayorías. Es el de Ellacuría, expresa, un pensamiento que nos llama a la *praxis*.

Los puntos críticos

La frase “Y la liberación se hizo carne” –de amplia difusión en la teología liberacionista– es de complicada manufactura en términos lógicos, pero desbrozada nos impele a pensar que algo ocurrió –“se hizo”, señala un antecedente–, e implica, al menos, un presente posible: “liberación”. Por lo tanto, la liberación es un proceso que debe situarse en una trayectoria histórica particular. Así lo trabajó Ellacuría en los ensayos reunidos en *Teología política* y de igual manera es la lógica de construcción del título que enuncia Carlos Mauricio Hernández. Adelanta la conclusión: una “civilización fracasada”, para informarnos después el medio que es un “pensamiento crítico” y quien hace el diagnóstico. Ausente en este libro, pero de futuras indagaciones, podría ser un breve estado de la cuestión de lo que constituye el *pensamiento crítico latinoamericano*.

La necesidad de la relectura de un filósofo como Ellacuría se acusa hoy día, no para recordarnos tiempos aciagos como el que parece sugerirnos el título del libro, sino para tener presente que el proyecto de la modernidad ha fracasado y, por lo tanto, en la idea de influencia marxista-zubiriana de historizar procesos en el pensamiento de Ellacuría. Esto mismo lo observará el lector en el epílogo, cuya conclusión y horizonte utópico desde la interpretación de Carlos Mauricio Hernández plantea que existen posibilidades del cambio social a través de la transformación de valores, veleidades y expectativas de vida hacia una praxis social, en la que la “historia de la liberación y la liberación en la historia” sea faro y guía de la mayoría de los sujetos sociales, como lo signa Ellacuría en su escrito *Teología política*.

En ese sentido, aunque Hernández no consideró importante revisar la propuesta de Carl Schmitt, quizás tanto este último como Ellacuría tenían razón. El Estado, la filosofía política, y todos los grandes andamiajes del pensamiento y sus instituciones para la vida social, son parte de una *Teología Política* o encuentran su fundamento en un pensamiento teológico. Acaso lograrán en eso que llaman secularización establecer una división de poderes e influencias; pero no podrán negar la “mismidad” que emerge desde los valores que son crisol, cernidor, y a la vez producto y productores de una realidad presente historizada. Esperemos que en trabajos posteriores Hernández se aventure a una comparación sistemática de Schmitt y Ellacuría.

En efecto, el propio Estado se autodefinía hace unas décadas a través de sus políticas públicas como un “Estado de Bienestar”, y la actualización de Ellacuría como teórico político nos muestra que en el fondo del capitalismo la cultura de la riqueza es un fracaso al conducirse al bienestar y ganancias de una élite en el poder, y por olvidar los valores fundamentales del ser humano. Desde el punto de vista de quien suscribe, el autor de *La civilización fracasada...* podría haber profundizado más en los factores culturales que Ellacuría consideraba centrales, para encaminarnos hacia una civilización de la pobreza y las consideraciones ellacurianas y las propias sobre cómo humanizar a ese ente llamado humanidad, cultura o civilización.

Exhorto a la lectura

A diferencia de las recientes publicaciones sobre el pensamiento de Ellacuría (véase Brito, 2022; de Castro, Izazaga y Varela, 2019; López, 2021; Samour y Tamayo, 2021; y Tamayo y Romero, 2019) que enfatizan aspectos de la vida personal, el pensamiento teológico, o el pensamiento político de Ellacuría como si de vidas paralelas o escindidas se tratara; la originalidad del trabajo de Carlos Mauricio Hernández consiste en situar las discusiones políticas sin perderse –como él mismo afirma– en las banalidades de textos mayores o textos menores, pensamiento filosófico o teológico, actor religioso o político, sino en el marco de un pensamiento filosófico crítico que devela el valor político de los asideros utópicos de eso que llamamos realidad. Por ello, invito a la lectura de *La civilización fracasada* como una referencia crítica de la “apropiación de las posibilidades”, para ponerlo en términos de Zubiri.

En ese sentido, la crítica de Ellacuría al capitalismo me llevó a la de Latour sobre la *modernidad*, y a la de Sahlins sobre la *civilización occidental*, porque coinciden al menos en una crítica de una naturaleza puramente exterior, que carece de nuestras pasiones, pero que podemos manipular y controlar en beneficio de nuestros intereses. Esto es, la crítica a lo que constituye la “naturaleza social” sobre la que Latour nos dice que no somos buzos ignorantes, pues sabemos que hay “fuerzas personificadas [deseos y pasiones] que estructuran la sociedad” (2007, p.131), y

la de Sahlins sobre el interés individual como base de lo social, que conduce ineludiblemente a la concepción de que “no hay orden cósmico sin diferenciación, jerarquía y supremacía, pero no hay supremacía sin conflicto, injusticia y violencia” (2011, p.34).

Por ello, las reflexiones que nos comparte Carlos Mauricio Hernández adquieren más vigencia que nunca en un contexto de deshumanización generalizada, en donde hemos pasado de un *pretorianismo democrático*, permítaseme el barbarismo, a un *sicarianismo pseudodemocrático*.³ Ligado a esto, y a fin de una ponderación simétrica, me pregunto si en lugar de la noción de cultura política militarista, que se encuentra focalizada en un principio del binomio jerarquía-igualdad que observa Sahlins, sería mejor la de *cultura política belicista*, que podría ayudar a los lectores a comprender mejor los procesos en El Salvador y en muchas latitudes del mundo: detentadores del poder en el Estado, oposición política, y ciudadanía en general, tienen en su horizonte cultural la percepción de que solo la violencia solucionará los problemas de la coyuntura.

Por esa jerarquía y violencia es que el conjunto de autores se revela al orden establecido de ideas y de la vida material. La modernidad permitió, dice Latour, la distinción radical entre naturaleza y sociedad sustentada; el capitalismo, según Schmitt y Ellacuría, facilitó eliminar de nuestras concepciones el vínculo entre teodiceas y política; a lo que se suma, con Sahlins, que la cultura occidental sustentó todo progreso, evolución o desarrollo en la idea del egoísmo radical. En efecto, como identifica Carlos Mauricio Hernández, Ellacuría devela y deconstruye (para usar términos muy posmodernos) el argumento tautológico que esas normas y valores, encarnadas en la praxis de la modernización, destruyeron casi todas las culturas y las naturalezas, pero reivindica que solo el racionalismo, el egoísmo y la secularización serán los rieles que conduzcan nuestro tren hacia el bienestar.

A mi parecer, este libro de Carlos Mauricio Hernández puede ser puesto a la altura de los cuatro autores antes mencionados (Latour, Sahlins, Thompson, Ellacuría) que trabajan sobre la misma triple tesis: la modernidad capitalista opone al mundo natural el mundo de la cultura; segundo, hay una ruptura radical entre las formas en las que se piensa lo viejo-premoderno y el cambio social-moderno; por último, hay una historicidad propia que entreteje en la actualidad un mundo de concepciones híbridas: modernas y no modernas, presociales y antisociales, mágico-religiosas y científico-rationales, jerarquía-igualdad.

Hoy día, cuando el más global de todos los peligros nos visitó para quedarse, los desafíos, las duraciones, los actores, jefes de Estado, todos ellos fueron llamados a convocar un cambio; sin embargo, no son comparables, pero ahí están. Se dicen comprometidos con la misma historia y la búsqueda de las mejores soluciones científicas para la pandemia CoVID-19, pero solo son actores diferentes montados sobre escenarios diferentes, haciendo uso de los “datos duros” de la enfermedad para legitimar salidas autoritarias y aprovechamiento político de la vacuna y los principios de ayuda humanitaria; no con los mismos fines, pero sí cada uno con resultados diferentes a los esperados. Hace treinta años, Bruno Latour afirmaba por esa razón que “nunca fuimos modernos”. Por su parte, el autor muestra claramente por qué para el Jesuita el racionalismo del capitalismo, que radica en la búsqueda de mayores ganancias a los costes menores, puede convertirse fácilmente en una concepción irracionalista de la historia, ya que ese

³ Acuño este término para no recurrir al abuso engendrado en los medios con la noción de “Narco Estado”, como si un grupo dedicado a esa actividad haya logrado el dominio de las instituciones políticas y el control total sobre el gobierno y la población en un territorio reconocido como una unidad estado-nacional.

sistema de ideas concibe todo pensamiento y toda praxis como función y emanación de fenómenos ligados al egoísmo y la ambición individual.

Fuentes citadas

- Brito, M. L. (2022). *Ignacio Ellacuría. Fraternidad solidaria*. Barcelona: Herder.
- Dahl, R. A. (1992). *La poliarquía. Participación y oposición*. Madrid: Tecnos.
- de Castro, O. A., L. M. Izazaga y H. Varela. (2019). *Ignacio Ellacuría en las fronteras*. Ciudad de México: UIA, TUVCH.
- Ellacuría, I. (1973). *Teología Política*. San Salvador: SSI, UCA.
- Latour, B. (2007). *Nunca fuimos modernos. Ensayo de Antropología simétrica*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Siglo XXI.
- López de Goicoechea, J. (2021). *Hacerse cargo de la realidad. Sobre la teología-política de Ignacio Ellacuría*. Granada: Comares.
- Monterrosa, L. G. (2019). *A la sombra del Martinato. Autoritarismo y lucha opositora en El Salvador 1931-1945*. San Cristóbal de Las Casas: UNAM y UCA.
- Sahlins, M. (2011). *La ilusión occidental de la naturaleza humana. Con reflexiones sobre la larga historia de la jerarquía, la igualdad y la sublimación de la anarquía en Occidente, y notas comparativas sobre otras concepciones de la condición humana*. Ciudad de México: FCE.
- Samour, H. y J. J. Tamayo. (Eds.). (2021). *Ignacio Ellacuría. Treinta años después*. Valencia: Tirant Humanidades.
- Schmitt, C. (2009). *Teología política*. Madrid: Trotta.
- Tamayo, J. J. y M. Romero. (2019). *Ignacio Ellacuría. Teología, Filosofía y crítica de la ideología*. Barcelona: Anthropos.
- Thompson, E. P. (1994). Folclor, Antropología e Historia Social. En *Historia Social y Antropología* (pp. 55-80). Ciudad de México: Instituto Mora.